Selecciones de Servicio Social, Revista Latinoamericana
Ano X – 31 1er. Cuatrimestre
Editorial HVMANITAS, Argentina

Se necesita un organismo que represente a los asistentes sociales

Sería obvio insistir sobre la importancia de las asociaciones profesionales. Desde los gremios medievales hasta las grandes federaciones mundiales de hoy, todas las profesiones han sabido agruparse para proteger a sus miembros y para aumentar la eficacia de sus funciones. El Servicio Social, también, puede ufanarse de tener asociaciones a nivel mundial (IASSW, ICSW, IFSW, entre otras); así como existen poderosas entidades nacionales de asistentes sociales en Estados Unidos, Inglaterra o Francia. Pero, lamentablemente, en los países latinoamericanos los profesionales del servicio social parecen ser renuentes si no esquivos a este tipo de integración colegial. Salvo algunas excepciones –Brasil, Chile, Puerto Rico, Costa Rica quizá- parecen no existir asociaciones nacionales o las que existen gozan de vida muy precaria. En todos los países ha habido intentos meritorios, y en casi todas las cosas quedaron tal cual. Pongamos un ejemplo: la Argentina. En la década del 50 aquella esforzada y activísima asistente social que se llamara Carmen Bellavita, trabajó incansablemente hasta lograr poner las bases de la primera Federación de Asistentes Sociales de la Argentina. Con grandes dificultades y sostenida más que todo por su generoso entusiasmo, la Federación tuvo existencia más o menos precaria durante un tiempo. Luego fue decayendo, y Carmen murió en 1968 sin haber visto concretado el fruto de su esfuerzo, aunque alcanzó a vislumbrar el renacimiento de la Federación impulsada entonces por otra institución. En efecto, el ateneo de Asistentes Sociales de Buenos Aires, creado en 1964 por iniciativa de Séla B. Sierra, retoma la idea de la Federación bajo la inspiración y el apoyo moral de la primera iniciadora. Como resultado de intensas gestiones en todo el país (ver N^{O} 8 de esta revista), la nueva federación toma cuerpo en 1967 y se constituye oficialmente, con sus debidos estatutos, en 1969, con la adhesión activa de catorce asociaciones de asistentes sociales de todo el país. Durante cuatro años desarrolla múltiples actividades de su incumbencia, realiza reuniones en varias provincias, asesora a numerosos grupos de profesionales del interior que consultan sobre las posibilidades de agruparse en asociaciones locales, contribuyendo asimismo en la solución de diversos problemas gremiales. En 1972 la presidencia de la Federación deja de estar a cargo del ateneo de Asistentes Sociales de Buenos Aires renueva sus autoridades y elige una nueva Comisión Directiva, la cual el 16 de noviembre de 1972 presenta la renuncia del ateneo como miembro de la Federación de Asociaciones de Asistentes Sociales de la República Argentina. Desde entonces nada se ha sabido de la deseada y zarandeada Federación. Todo esto parece dar razón a la propia autocrítica: “A los trabajadores sociales no nos resulta fácil agremiarnos, por una actitud individualista que viene arrastrándose desde nuestra formación profesional” (VI Jornadas Argentinas de Misiones, 1972). Y así resulta penoso ver cómo se malgastan esfuerzos en perjuicio de los propios profesionales. Ahora parecería haber nuevos intentos para retomar una vez

más la buena idea de una Federación, o Asociación Nacional, o Confederación o como quiera se la llame. Quizá los hechos consumados o los nubarrones presentidos sirvan para convencer a muchos de la imperiosa necesidad de estar unidos para defender la profesión. Esta unión debe lograrse pronto, dejando a un lado intereses individualistas o de grupas, simpatías personales o tiquis miquis formalistas. El progreso de una profesión depende entre otras cosas –dice el Tercer Estudio Internacional de Naciones Unidas- "del desarrollo de asociaciones profesionales cuyo fin sea fomentar el crecimiento de la profesión en vez de consumir las energías en rivalidades". Si, como es de desear, hay quienes ahora están dispuestos a levantar de nuevo la bandera de la Federación, merecen el apoyo decidido y masivo de sus colegas para no repetir errores del pasado. El nuestro, nuestro apoyo, se da por descontado.